

PEDRO REGULES

(1896-1985)

Dr. Luis Alberto Castillo.

El profesor Pedro Regules ocupó la Cátedra de Otorrinolaringología desde Julio de 1953 hasta febrero de 1962 cuando cesó por límite de edad, cumpliendo con las reglamentaciones de nuestra Facultad de Medicina.

Desde que se creara la Cátedra, el 22 de octubre de 1900, fue el tercer Profesor en llegar a la titularidad. Los anteriores habían sido por su orden Manuel Quintela y Justo M. Alonso, ambos de reconocida actuación nacional e internacional.

Fue digno sucesor de tan renombrados Maestros.

Sus destacadas condiciones humanas, científicas, docentes, organizativas, así lo demuestran.

Cuando lo designaron Catedrático, la Clínica de Otorrinolaringología funcionaba en el Hospital Maciel. Con el arribo del nuevo Profesor se produjo el traslado al Hospital de Clínicas que recién se habilitaba.

Regules, desde hacía años venía trabajando en todos los aspectos destinados a poner en marcha la Policlínica y las Salas de internación O.R.L. en el nuevo Hospital. Intervino, aconsejó y dirigió las obras en la Policlínica, la disposición en las Salas de examen, la compra del instrumental, para citar sólo algunos de los aspectos programados. Trabajo de organización, silencioso, oscuro y prolongado que lo limitaba en sus funciones asistenciales y docentes, pero que él realizaba con gran responsabilidad y entusiasmo, con la misma responsabilidad y entusiasmo que puso en todos los actos de su vida.

El Servicio de Oídos, Nariz y Garganta del Hospital de Clínicas, se inauguró en el mes de setiembre del año 1953. El Equipo Médico inicial estuvo formado por el Profesor Titular (grado V), por un asistente (grado III) y por un Adjunto de Clínica (grado II), complementados por personal de enfermería, de archivo y de servicio.

En los orígenes del Profesor Regules es interesante anotar que integró una numerosa familia -siete hermanos- cuyo padre, médico urólogo, desapareciera muy tempranamente. Su madre, mujer de temple excepcional, luchando denodadamente con las dificultades que la vida le presentaba, había acuñado una frase que decía a sus hijos y que algunas veces le oímos repetir a Don Pedro: "Ustedes estudien para salir adelante, que yo me encargo de lo demás". La mayoría de los hijos varones fueron destacados profesionales universitarios. Los momentos difíciles de la



Prof. Dr. Pedro Regules

adolescencia y años juveniles, debieron tener sin duda gran influencia en la formación de su carácter siempre decidido en ayudar a los demás.

Nuestro propósito es tratar principalmente sus aspectos más destacados dejando para más adelante los datos biográficos.

En sus virtudes resaltan con caracteres sobresalientes, su vocación por la docencia y su permanente entrega al enfermo, más generosa y decidida aún con los más humildes.

Fue un docente nato.

Sus clases a los estudiantes, a los médicos, sus presentaciones como Panelista o como Conferencista en las reuniones científicas, eran modelo de erudición y de claridad de exposición. Preciso y concreto en sus apreciaciones, trasladaba ordenadamente sus ideas al discurso.

Insistía que para poder enseñar con validez, además del aspecto informativo al cual, como es natural, daba importancia, se debía poseer un alto grado formativo. El trabajo junto al enfermo, la investigación clínica del especialista práctico era y son pilares para una buena docencia porque están basados en una buena asistencia.

La especialidad otorrinolaringológica es entre otras cosas una especialidad manual, donde el médico frecuentemente toma contacto con las secreciones y la sangre del paciente. A quienes se iniciaban en las tareas de la especialidad acostumbraba a decirles que para aprender era necesario "ensuciarse", significando que eso le ocurría a quienes trabajan junto al enfermo, única forma de adquirir experiencia y manualidad.

Conceptos sobre formación y docencia que muchos años más tarde insignes pedagogos difundieran en la Facultad de Medicina, se los oímos decir a Pedro Regules desde el joven tiempo que como practicante tuvimos la suerte de llegar junto él.

En su afán por enseñar, llevaba siempre en su chaleco de caballero elegante, un lapicito corto y una goma, para en cualquier lugar donde se encontrara poder aclarar a su interlocutor mediante el dibujo las características de una lesión o su localización o determinada técnica quirúrgica. El lápiz para dibujar y la goma para corregir.

Encontrándose en una ocasión de visita en una Clínica en Nueva York, observaba la realización de una laringectomía total por cáncer laríngeo. Cuando terminó la operación, pidió al Profesor que cortara la laringe que había extirpado, para ver la exacta localización y extensión de la lesión. Luego de observarla y

escuchar las explicaciones del médico americano, amable con su huésped, sacó su conocido lapicito y con un claro dibujo -que sabía hacer muy bien- le explicó por qué, con la técnica que acaba de realizar, había causado una mutilación al enfermo quitándole la posibilidad de hablar y respirar por vías naturales. Estaba explicándole la técnica de la cirugía parcial horizontal de Alonso -que tanto contribuyera a difundir en todos los ambientes en que le tocó actuar- técnica que extirpa la lesión sin suprimir las funciones laríngeas.

El dibujo había vencido las dificultades idiomáticas. El Profesor americano, vivamente interesado en lo que estaba aprendiendo, lo invitó a comer para seguir con más tiempo hablando del tema. Don Pedro con humor decía que la técnica de la cirugía parcial horizontal y el dibujo le habían permitido ganar una comida y un amigo.

En su permanente función docente no sólo enseñaba la especialidad, enseñaba entre otras tantas cosas una muy importante, a pensar en medicina, a razonar en medicina. En nuestra carrera, fue uno de los profesores que nos tocó frecuentar, dotado de esas preciosas cualidades: Pensar y Razonar en Medicina.

Poseedor de un razonamiento inductivo y deductivo lo aplicaba y lo expandía.

Sus enseñanzas se extendían, además de lo específico, a todos los aspectos que ayudan a la formación del médico joven: la ética médica, la deontología, el trato y la dedicación al paciente, la conducta a seguir con los familiares, la forma de aprovechar al máximo los viajes de perfeccionamiento, para hacer sólo algunas menciones.

Con extrema generosidad enseñaba todo lo que sabía sin ocultamientos ni modificaciones. Esa generosidad se extendía a su instrumental y a su poblada biblioteca; instrumental, libros y revistas científicas que prestaba sin retaceos a quien lo precisara. Muchas fueron las veces que al día siguiente de una discusión sobre determinado caso, lo viéramos llegar al Hospital portando el libro o la revista aclaratoria, para cederlo al interesado.

La vida es dinámica, y los cambios producidos en la asistencia médica a todos los niveles desde la época del Profesor Regules hasta el momento actual, son, como es de todos conocido, muy grandes. No es el momento de analizar las causas políticas, sociales y económicas que llevaron a esos cambios, cambios que modificaron también la mentalidad del médico.

Pedro Regules, hombre de su época, se dedicó por entero al enfermo, cumpliendo la función por encima de cualquier otro interés.



Hospital de Clínicas (20 de diciembre de 1962)

En el estrado: José L. Duomarco

De izquierda a derecha.

1ª fila: Pedro Regules, Julio C. García Otero, Nicolás Caubarrère, Juan A. Gandolfo Canessa.

2ª fila: Fortunato Ramírez, José J. Estable, Zunino, Pablo Purriel, Juan C. del Campo, Pedro M. Gaudiano, Vicente Guaglianone, (los dos últimos no identificados).

3ª fila: Elsa Deambrosi, Dinorah Castiglioni, Alfredo Berhouet, José A. Praderi, (no identificado), Frank Hughes, Abel Chifflet, Pedro Ferreira Berruti, (no identificado).

4ª fila: María Dell'Oca, (no identificada), José Scherschener, Raúl Nin Sacarello, Viví Costa, Fernando D. Gómez, (no identificado), Raúl Canzani, Gonzalo Lapido, (los tres últimos, no identificados).

Siendo un especialista completo se orientó a la oncología de la especialidad, perfeccionándose y buscando darle el máximo de posibilidades a los pacientes afectados de tan grave mal.

Al retorno de sus viajes al extranjero traía siempre ideas y conceptos nuevos que buscaba aplicar en nuestro medio adaptándolos a nuestras posibilidades. Había observado que el tratamiento de los pacientes oncológicos se establecía según las preferencias de cada Servicio. En los de cirugía los enfermos eran operados y secundariamente en algunos casos irradiados. Inversamente, en los de radioterapia se los irradiaba. Se actuaba de acuerdo a la modalidad de los médicos tratantes. Con claros conceptos y criterio científico definido, creó la Policlínica oncológica en su Servicio del Hospital de Clínicas.

En ella el enfermo es estudiado por un equipo médico constituido por el otorrinolaringólogo, el ra-

dioterapeuta y el quimioterapeuta, equipo que actuando como tal, examina al enfermo, intercambia ideas sobre la lesión, y decide sobre el tratamiento a seguir.

A esa Policlínica que él fundara, concurrió hasta avanzada edad, cuando ya no le era permitido manejar y el ómnibus era su medio de transporte.

La creación de la Policlínica oncológica con su particular forma de trabajar, demuestra, aunque no es preciso señalarlo, la claridad de ideas y la generosidad de Pedro Regules: darle al enfermo el máximo de seguridades y el máximo de beneficios, otorgándole la posibilidad de ser examinado por especialistas de distintas ramas de terapias para elegir en consulta la que se conceptúa mejor, independientemente de las habilidades de cada médico tratante que siempre tiende a realizar la propia.

De gran respeto por los colegas, fue un cultor de la ética y de la deontología.

Su actitud frente a los problemas que a veces se presentan entre médicos, era también enseñanza permanente. En una ocasión, pasado el mediodía, se recibe una comunicación telefónica en la policlínica del Hospital de Clínicas proveniente de un Centro Asistencial de Montevideo. Allí un niño que había sido adenotonsilectomizado en horas tempranas, estaba con una hemorragia y no se podía localizar al cirujano tratante. Pedro Regules, que era el único médico que en ese momento se encontraba en el Servicio -su amor por el Hospital hacía que muchas veces fuera el último en retirarse- se trasladó sin demora al Centro Asistencial y solucionó el problema. Posteriormente, con su habitual caballerosidad pidió disculpas al médico tratante por haber actuado en su paciente, pero aclarando y repitiéndolo después en la Clínica que: "La hemorragia no pertenece a nadie, la hemorragia es de todo aquel que pueda solucionarla sin demora".

Fue en rápido auxilio del paciente, solucionó el problema, se disculpó frente al joven colega y sentó la obligación de que por encima de la deontología está el enfermo en emergencia.

El joven médico de aquella época recuerda aún hoy día, con emoción, el episodio.

Su actitud diaria era docencia permanente.

Daba en una oportunidad una recepción en su casa, agasajando a un distinguido profesor francés de visita en Montevideo, cuando recibe una comunicación de su experiente enfermero del hospital -que él tomaba muy en cuenta- comunicándole que había un enfermo en grave emergencia que la colega que lo estaba atendiendo no podía solucionar. Sin pensarlo dos veces allí se trasladó el Maestro, a cumplir con su sagrada función médica, abandonando la reunión. Como siempre, el paciente sin distinción alguna de tipo social, era para él lo primero en todo momento.

Sabía escuchar y tomaba debida cuenta de las ideas o de las nuevas técnicas que los colegas aún los más jóvenes aportaban. Su espíritu crítico lo llevaba a aceptar, modificar o rechazar las innovaciones. Un solo ejemplo es suficiente. En aquellos tiempos la adenotonsilectomía en el niño se realizaba sin anestesia o con algún tipo de anestesia local. Cuando empezó a efectuarse en el país la operación bajo anestesia general, por decisión de médicos uruguayos, alguno de los cuales había viajado al exterior, la mayoría de los especialistas se opusieron a la nueva técnica por natural miedo a las posibles complicaciones. Pedro Regules, en compañía de su colaborador y gran amigo Dr. Alberto Santoro, se trasladaba a ver ope-

rar bajo el nuevo procedimiento anestésico; observaba, hacía sugerencias y aconsejaba modificaciones. Podemos afirmar que la técnica de la adenotonsilectomía en el niño que se realiza hoy día en el Uruguay, es con ligeros cambios, la adaptación vernácula de lo sugerido por él y por Santoro.

De espíritu sociable, animado conversador, integraba con un grupo de amigos una peña que se reunía en un conocido café de Montevideo, en breve lapso de descanso antes de empezar la consulta vespertina. Le gustaba señalar que allí se hablaba de todo en amable camaradería; se "aereaba la mente" solía repetir. Con fino sentido del humor decía que en esa peña él había escrito dos "libros orales", uno de los cuales llevaba por título: "El sentido común, el menos común de los sentidos". Escapa a mi memoria el título del segundo.

De permanente buen carácter, en los largos años que lo frecuentamos nunca le oímos elevar la voz ni le vimos un gesto desmedido. Por el contrario, adoptaba siempre frente a situaciones delicadas la actitud serena y contemporizadora que lleva a la reflexión.

La vida, que no hace distinciones, lo azotó con crueldad. Perdió dos hijas en momentos diferentes de la edad madura, cuando la capacidad de recuperación se halla más comprometida. Su espíritu superior afrontó el repetido dolor con dignidad y sin estridencias. Fue, una vez más, resignado apoyo para quienes lo rodeaban y ejemplo para sus discípulos.

Su vida se apagó a los ochenta y nueve años, cuando en la tranquilidad del retiro, su sensibilidad y su intelecto hacía tiempo ya que no podían brindarse a su querida profesión.

Pedro Regules ocupa con honor un lugar en la galería de Médicos Uruguayos Ejemplares.

Datos biográficos

Nació en Montevideo el 27 de abril de 1896 y falleció el 18 de diciembre de 1985.

Hijo del Dr. Pedro Regules y de doña Sara Fernández.

Su padre fue médico urólogo de destacada actuación en ambos márgenes del Plata. En el vestíbulo de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires existe una placa recordatoria con su nombre.

Cursó sus estudios secundarios en el Colegio Seminario.

Recibido de Médico comenzó a hacer la especialidad junto a su hermano Gilberto, quién se había per-

feccionado en Alemania y que desapareciera prematuramente víctima de una tifoidea.

Casado con María Luisa Rücker, fundó un hogar del que nacieron cuatro hijos.

Cursó todos los escalones de la carrera docente hasta llegar a Profesor Titular.

No le fue fácil llegar a Catedrático. El Consejo de la Facultad de Medicina había dispuesto que no se realizaran concursos de oposición para cargos elevados de la carrera, que obligaban a concursar a médicos de larga actuación. Era mucho lo que se arriesgaba en salud y en prestigio profesional. No obstante la existencia de esa disposición previa, el llamado a proveer la Cátedra de O.R.L. se hizo por la vía del Concurso de Oposición. Pedro Regules tuvo que competir con otros destacados colegas. Fue un concurso duro en el que triunfó por resolución unánime del tribunal ocupando la titularidad a partir del mes de julio de 1953.

Realizó numerosos viajes a Europa y Estados Unidos permaneciendo por temporadas en diversas clínicas. Con los viajes aumentaba sus conocimientos específicos de la especialidad pero también incrementaba sus criterios de organización y sus ideas sobre orientación a los jóvenes. En el mundo científico que visitaba, había observado que los especialistas cada vez más se orientaban en las diversas ramas de la

especialidad -oncología, otología, rinología, etc.- cosa que aún no se hacía en el Uruguay. Fue de los primeros que estimuló la subespecialización que hoy día es moneda corriente.

Desde la fundación de la Revista *Anales de O.R.L. del Uruguay*, fue su director, cargo que desempeñó durante más de cuarenta años. Gracias a su esfuerzo la Revista salía siempre con regularidad distribuyéndose gratuitamente en el país y llegando por canje a casi todos los países que editan Revistas de la especialidad. Como editor -secundado por su fiel secretario Sr. Solón- todo le ocupaba: conseguir los trabajos a publicar, corregir las pruebas de imprenta para evitar las demoras que los autores siempre atareados solían ocasionar, relaciones con la imprenta, financiación que muchas veces se realizaba de su propio peculio, para dar sólo algunos ejemplos.

Durante muchos años fue Director de la Escuela del Profesorado, sección de la Facultad de Medicina destinada a la formación de Profesores, tarea que, como es natural, le demandaba horas de labor.

Desarrolló una destacada actuación científica.

Miembro de la Sociedad Uruguaya de O.R.L. y de la Rioplatense -la más antigua dentro de las de este tipo- en las que ocupó todos los cargos.

Recibió numerosas distinciones internacionales.